

EL “ADVERSARIO DESLEAL A ESPAÑA”:
EL DEBATE DE FRANCISCO BULNES Y CARLOS DE OLAGUÍBEL
SOBRE LA SEGUNDA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE CUBA

Rogelio Jiménez Marce
Universidad Iberoamericana-Puebla

El objetivo del artículo es analizar las ideas del ingeniero Francisco Bulnes acerca de lo que se denominó la “cuestión cubana”, mismas que aparecieron en diversos artículos periodísticos y que llevarían a Carlos de Olaguíbel a proponerle que realizaran un debate “científico” del asunto, el cual no produjo ningún resultado debido a que las opiniones de Bulnes no fueron bien recibidas por su contrincante. Sin embargo, evidenciaba el interés que tenían algunos intelectuales mexicanos sobre la situación en la isla y les incomodaba el silencio impuesto por las autoridades mexicanas que buscaban mantener la neutralidad. Al igual que muchos de sus contemporáneos, Bulnes manifestaría su pesimismo ante la derrota española de 1898 ya que constituía una muestra de la supremacía “racial” de los anglosajones, por lo que creía que el futuro de los países hispanoamericanos se presentaba sombrío debido a su herencia española que les impedía transitar por la senda del progreso.

El 24 de febrero de 1895 se produjo un levantamiento armado en Cuba que tenía el objetivo de lograr su independencia de España. Este suceso no pasó desapercibido ante los ojos de la opinión pública mexicana. Los escritos publicados en la prensa daban cuenta de las distintas posiciones que se

Recibido: 13 de agosto de 2012.

Aceptado: 5 de agosto de 2013.

asumieron: unos apoyaban la independencia, otros la rechazaban de manera rotunda y algunos consideraban que era una oportunidad para que México se anexionara la isla. Ninguno de estos puntos de vista contó con el aval del gobierno mexicano, quien mantuvo una posición de estricta neutralidad respecto al conflicto cubano. Conforme se desarrollaron los sucesos, se advertía que la guerra en Cuba no tenía un claro vencedor. Los españoles concedieron en 1898 la autonomía a la isla, pero los rebeldes no estaban dispuestos a aceptarla. Esta situación se modificaría cuando Estados Unidos de América decidió participar en el conflicto. Con el pretexto de que debía cuidar los intereses de los ciudadanos estadounidenses residentes en Cuba, envió un buque para prevenir los posibles conflictos que se pudieran suscitar. Aunque el barco fue hundido bajo circunstancias sospechosas, eso no impidió que Estados Unidos lo tomara como un motivo para declarar la guerra a España. El triunfo militar de Estados Unidos provocó una gran desazón en los países latinoamericanos, misma que generó una importante producción intelectual que daba cuenta de las consecuencias que este hecho tendría en el futuro del continente.

La situación cubana generó un debate entre el ingeniero Francisco Bulnes y Carlos de Olaguíbel, quienes expresaron sus ideas sobre este asunto en varios artículos periodísticos. Aunque en un principio se había postulado que la polémica tendría la participación de otros escritores que fungirían como “dictaminadores” de las opiniones expresadas, lo cierto es que las reglas no se cumplieron debido a que Bulnes se abstuvo de entregar el primer artículo y esperó a que Olaguíbel lo hiciera para criticar sus opiniones. El número de artículos publicados por cada uno de los polemistas fue menor del que se había estipulado en un primer momento, además de que se debe tener en cuenta que ninguno de los dos utilizó los argumentos del contrario para construir sus ideas en torno al problema analizado, es decir, no se produjo el debate que se había prometido en un principio. Sin embargo, las opiniones del ingeniero no pasaron desapercibidas. Aunque se publicaron varios artículos que tendían a cuestionar las ideas de Bulnes, lo cierto es que no tendrían respuesta a causa de que éste decidió no seguir con la polémica. Después de la derrota española de 1898, Bulnes fue el único que retomó el asunto en un libro denominado *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*, el cual fue publicado en 1899. Al igual que otros de sus contemporáneos, Bulnes era partidario de la independencia cubana, pues consideraba que esta nación mostraba la madurez necesaria para elegir su propia forma de gobierno.

Los acontecimientos de 1898 modificarían su punto de vista, puesto que, desde su perspectiva, la victoria norteamericana evidenciaba el creciente predominio de la “raza” anglosajona sobre la latina. Así, lo sucedido en Cuba, según el ingeniero, no mostraba

un enfrentamiento entre países, sino la lucha de dos “razas” que buscaban imponer su proyecto de civilización. Bulnes apeló al factor racial como elemento determinante de una civilización, debido a que consideraba, desde una posición organicista, que éste constituía la base que sustentaba el progreso en todos los niveles. La investigación se divide en tres partes. En la primera se presenta, a grandes rasgos, un recuento del movimiento independentista cubano y la posición que mantenía México respecto a este suceso. En la segunda se presentan los argumentos que el ingeniero Francisco Bulnes y Carlos de Olaguíbel presentaron sobre la pertinencia o no de la independencia cubana, debate que, según Olaguíbel, tenía la intención de dilucidar sobre “bases científicas” lo que acontecía en la isla. Es de advertir que los dos personajes tenían posiciones encontradas. Bulnes era un hombre que tenía una importante presencia política e intelectual gracias a su pertenencia al grupo científico, en tanto que Carlos de Olaguíbel ocupaba una posición secundaria en el plano político y se le concedía cierta relevancia en el ámbito de las letras. En la tercera se realiza un análisis de las ideas bulnesianas respecto a Cuba y al futuro que le aguardaba al resto de América Latina, mismo que consideraba sombrío después de los acontecimientos de 1898.

I. EL PROCESO EMANCIPATORIO DE CUBA

España conservó la isla de Cuba como posesión colonial hasta finales del siglo XIX. La efervescencia independentista que se vivió en el resto del continente durante los primeros años del siglo tuvo escaso eco en la isla debido a la bonanza económica generada por las plantaciones de azúcar. La relación “idílica” entre la Metrópoli y la Colonia se modificaría con el tiempo. La Corona dejó de interesarse en la isla al grado que limitó la presencia de diputados cubanos en las Cortes, además de que propuso la abolición de la esclavitud, disposición que provocó una fuerte oposición de los hacendados cubanos; razón por la que, en la década de 1850, surgió la idea de que Cuba se anexionara a Estados Unidos. En 1868 inició el primer movimiento independentista de Cuba. La guerra se prolongó por diez años, debido, en buena medida, a las circunstancias de inestabilidad política que se vivían en la Metrópoli. La guerra terminó el 10 de febrero de 1878 cuando se firmó el Pacto de Zanjón. Un nuevo brote revolucionario conocido como la “guerra chiquita” se suscitó entre el 24 de agosto de 1879 y junio de 1880. Este levantamiento fracasó por el escaso apoyo popular y su débil proyección territorial. A partir de 1880 se vivió una etapa de relativa paz que se prolongaría hasta 1895, año en el que se produjo el segundo movimiento de independencia que inició once días después de que las Cortes aprobaron una ley autonómica para Cuba. El gobierno español buscó

sofocar la rebelión por medio de una política de reconciliación, por lo cual nombró capitán general al general Arsenio Martínez, pero su política militar no tuvo éxito y dimitió el 7 de enero de 1896.¹

El general Valeriano Weyler, quien sustituyó a Martínez, desplegó una política represiva que tampoco obtuvo buenos resultados, por lo que sería relevado por Ramón Blanco en noviembre de 1897. Blanco atenuó las normas de reconcentración de la población y ofreció el perdón a los insurrectos que depusieran las armas. El 25 de noviembre de 1897 las autoridades españolas publicaron un decreto por el cual concedían autonomía a la isla. La propuesta no fue aceptada por los revolucionarios ni por algunos de los españoles residentes en la vvvv, quienes realizaron protestas en la Habana que desencadenaron disturbios y que sirvieron de pretexto para que Leonard Wood Ford, representante de Estados Unidos en Cuba, solicitara al presidente Mckinley que enviara una barco para “proteger” los intereses de los ciudadanos estadounidenses. El presidente ordenó que el buque Maine se dirigiera a Cuba y atracó en aguas cubanas el 25 de enero de 1898.² Con esta acción, Estados Unidos demostraba su abierto interés por Cuba. Una carta publicada en el *Journal de Nueva York* en la que el embajador español Dupuy de Lome calificaba de “politicastro” a Mckinley y la explosión del Maine, ocurrida el 15 de febrero de 1898, provocaron la ruptura de relaciones. El 24 de abril se declaró la guerra. Las fuerzas españolas fueron derrotadas en mar y tierra. El 12 de agosto se firmó el protocolo que sentó las bases para el cese de las hostilidades y el 10 de diciembre se firmó el tratado de Paz en París, por el que se estipulaba que España perdía sus derechos de soberanía sobre Cuba y cedía Puerto Rico, Guam y Filipinas a Estados Unidos. La victoria estadounidense sobre España significó el inicio de la hegemonía de este país en el continente.³

¹ Navarro, Luis, *La independencia de Cuba*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992, pp. 16, 33-35, 276-277; Sevilla, Rosario, *La guerra de Cuba y la memoria colectiva. La crisis del 98 en la prensa sevillana*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1996, p. 30.

² Espinosa, María Margarita, *El Nacional y El Hijo del Ahuizote: dos visiones de la independencia de Cuba, 1895-1898*, México, UMSNH, Instituto de Investigaciones Históricas, 1998, pp. 36, 45-47; Morales, Salvador E., “Estudio Introductorio”, en *Espacios en disputa. México y la independencia de Cuba*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998, pp. 137, 150, 152-153; Navarro, pp. 308-312, 347-348, 357-358, 364-365; Sevilla, pp. 30-31, 34-35.

³ Muñoz, Laura, *Geopolítica, seguridad nacional y política exterior. México y el Caribe en el siglo XIX*, México, UMSNH, Instituto Mora, 2001, pp. 60-61, 64, 152-153; Navarro, pp. 367, 371-375, 376-382; Espinosa, pp. 30-31, 39-40, 49-52, 115-118, 122-123, 134-136; Sevilla, pp. 50, 56-57, 78-79; Morales, “Estudio Introductorio”, pp. 69, 162.

II. LA POSICIÓN DE MÉXICO FRENTE AL CONFLICTO CUBANO

A lo largo del siglo XIX, México manifestó interés por lo que pasaba en el área caribeña y, sobre todo, en Cuba. Los gobiernos mexicanos conocían la importancia de esta región, pues no sólo era un factor de seguridad sino también una vía comercial fundamental. Laura Muñoz ha identificado tres etapas en las relaciones que establecieron México y Cuba durante el siglo XIX. La primera se ubicaba en el periodo anterior al reconocimiento de la independencia de México por España, misma que se caracterizó por los esfuerzos del gobierno mexicano para que Cuba consiguiera su emancipación. La segunda se situaba en el marco de las relaciones oficiales con España. Las autoridades mexicanas abandonaron el apoyo a la lucha independentista y, a partir de la década de 1840, se adoptó una política de neutralidad a excepción de 1869, cuando se reconoció el derecho de beligerancia en la isla, motivo por el que España se apresuró a restablecer sus relaciones con México para garantizar su neutralidad. La tercera abarcaba la última década del siglo. La situación de Cuba se convirtió en un tema prioritario para el gobierno, aunque el levantamiento de 1895 no modificó la postura de neutralidad. De hecho, el presidente Díaz prefirió mantener una posición expectante ante el conflicto que se vivía en la isla, postura que no modificaría a pesar de que algunos de los cubanos residentes en el país le pidieron que fungiera como mediador en el conflicto.⁴ La política de neutralidad oficial fue objeto de fuertes discusiones en el seno de la sociedad mexicana. La prensa se convirtió en el principal medio de discusión de las ideas respecto a la independencia cubana. En periódicos como *La Patria* y *El Nacional* se postuló la idea de que México debía anexionarse a Cuba, la cual no prosperó pero contó con el apoyo de diversos sectores.

La intervención de Estados Unidos en el conflicto cubano no modificó la posición de neutralidad del gobierno mexicano, aunque tampoco significó que no se manifestara interés sobre el asunto sobre todo si se tiene en cuenta que estaba en disputa un espacio geográfico estratégico.⁵ Al gobierno porfirista le preocupaba que Cuba fuera ocupada por Estados Unidos, pues ello podía representar una amenaza a la soberanía

⁴ Muñoz, Laura, "Derrotero mexicano por las Antillas. Mar, islas, puntos e intereses estratégicos", en *Secuencia*, núm. 55, México, Instituto Mora, enero-abril de 2003, p. 89; Muñoz, Laura, *En el interés de la nación. Mexicanos y estadounidenses en el Golfo-Caribe, 1821-1830*, México, Instituto Mora, 2004, pp. 9, 49, 56-59, 102-103, 138-139; Muñoz, *Geopolítica*, pp. 147, 167-169. La mayor parte de las naciones latinoamericanas asumieron una posición de neutralidad, a diferencia de Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Bolivia y Ecuador que tomaron partido por España. En un afán de mostrar una estricta neutralidad, países como Colombia, Venezuela, Costa Rica y México llegaron al extremo de prohibir todo tipo de manifestación pública que apoyara la causa cubana.

⁵ Espinosa, *El Nacional*, pp. 61-62; Morales, "Estudio introductorio", pp. 91-103, 169.

mexicana. Si la Unión Americana lograba el control sobre el Caribe era probable que el tráfico marino fuera afectado. México no sólo perdería el mercado cubano, sino que también se tendrían dificultades para dar cauce a las exportaciones hacia Europa. Ante esta circunstancia, Andrés Clemente Vázquez, quien fungía como cónsul en la Habana, sostenía que México debía pelear por mantener su ascendente en la región, y de ese modo podrían negociar en mejores términos con Estados Unidos. Vázquez argumentaba que España no estaba en condiciones de defender a la isla y Estados Unidos no se detendría hasta lograr su objetivo. A pesar de que Díaz poseía información privilegiada, prefirió continuar con su política cautelosa con la intención de mantener relaciones ventajosas con Estados Unidos y con España. Si bien es cierto que la posición oficial era de neutralidad, el presidente no dudó en manifestar su apoyo a la causa española.⁶ La “cuestión cubana”, como se le llamaba en ese momento, ocuparía la atención de escritores como Francisco Bulnes, Carlos de Olaguíbel y Arista, Francisco Cosmes, Ramón Álvarez Soto y Trinidad Sánchez Santos, quienes trataron de determinar la pertinencia de la independencia de Cuba y señalar en qué medida este hecho afectaba los intereses de México. En este contexto, Bulnes y Olaguíbel entablaron una corta pero sustanciosa polémica sobre la guerra de Cuba.

III. LA POLÉMICA BULNES-OLAGUÍBEL

El 18 de marzo de 1897 Carlos de Olaguíbel⁷ publicó un artículo en *El Correo español* en el que advertía acerca de la división de opiniones entre los escritores mexicanos respecto al asunto de Cuba. Decía que los “liberales” apoyaban la causa independentista mientras que los “conservadores” defendían el derecho de España de conservar la isla. Al escritor le preocupaba que estos puntos de vista reavivaran el sentimiento de odio contra la herencia hispánica, lo que traería como consecuencia la división de una sociedad que se encaminaba por el camino del “progreso”. Para evitar este hecho, Olaguíbel sugería que se realizara un debate “serio”, “imparcial” y “razonado” de la “cuestión cubana” para “construir” una opinión que fuera aceptada por el resto de la sociedad, sin

⁶ Muñoz, *Geopolítica*, pp. 154, 173; Muñoz, Laura, “México ante la independencia cubana, 1895-1898. Posición oficial y opinión pública”, en *Tiempos de América*, núms. 3-4, 1999, pp. 20-23, 28-29; Espinosa, *El Nacional*, pp. 16-17, 88-112. Una exposición de los argumentos sobre la anexión de Cuba a México se puede encontrar en el libro de Margarita Espinosa.

⁷ Carlos Olaguíbel y Arista nació en la Ciudad de México. Estuvo ligado al grupo iglesista. Escribió para *El Bien Público*, *La Libertad*, *El Siglo XIX* y fue fundador de *La Época*, periódico que se publicó entre mayo y diciembre de 1877. Fue oficial mayor interino de Hacienda desde el 1 de julio de 1877 hasta el 1 de julio de 1878.

importar si ésta favorecía a un bando o al otro. Olaguíbel se postulaba como uno de los participantes de la discusión y proponía que Francisco Bulnes fuera el otro contendiente, debido a que el “científico” era uno de los más acendrados defensores de la causa cubana y a que había afirmado que los “prohispanistas” recibieron dinero del gobierno español para defender la causa peninsular. Olaguíbel reaccionó ante esta opinión y declaró que no lo movía el interés económico sino el deseo de encontrar la verdad, así como demostrar el “amor profundo” que sentía por su “raza” y por su patria. El escritor propuso que se escribiera una serie de artículos que serían calificados por un tribunal conformado por tres árbitros, quienes tendrían la encomienda de aprobar los puntos de la discusión, el orden del debate y emitir un dictamen.

Olaguíbel indicaba que los artículos serían publicados en periódicos de “seriedad comprobada”.⁸ Francisco Bulnes⁹ aceptó la invitación pues decía que *El Mundo*, periódico en el que escribía, tenía una postura neutral respecto al conflicto y no quería inmiscuirlo en el debate. Manuel Flores y Telésforo García fueron propuestos para conformar el tribunal. El primero tendría la misión de arbitrar los artículos de Olaguíbel, en tanto que García lo haría con los de Bulnes. Como tercer “tribuno” se designaría al director del periódico en el que se publicarían los artículos. Bulnes sugirió que los artículos aparecieran en *El Correo español*. Así, si resultaba “vencido” sabía que la “generosidad española” lo levantaría del piso. Fernando Luis Juliet de Elizalde, director del mencionado diario, accedió a la petición de Bulnes. Los polemistas y los árbitros determinaron que la discusión giraría en torno a cuatro preguntas: la primera enfatizaba si existía igualdad o analogía entre la emancipación de México y el proyecto independentista cubano; la segunda buscaba comprender si Cuba podía constituirse en una nación; la tercera cuestionaba si México podía simpatizar con revoluciones que buscaban desmembrar el territorio nacional; y la cuarta dilucidaría sobre la conveniencia de la independencia de Cuba y los intereses políticos, comerciales y sociales de Estados Unidos.¹⁰ Los árbitros determinaron que cada polemista debía escribir de ocho a diez artículos por punto de debate, es decir, se tendrían que escribir entre 16 y 20 artículos. Tanto Bulnes como Ola-

⁸ Hemeroteca Nacional de México, Fondo Antiguo (en adelante HNMFA), *El Correo español*, 18 de marzo de 1897.

⁹ Francisco Bulnes nació en la Ciudad de México, el 4 de octubre de 1847. Estudió en la Escuela de Minería. Fue diputado y miembro de numerosas comisiones legislativas. Escribió en varios periódicos. Autor de obras como *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio* (1904), *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma* (1905), *La Guerra de Independencia. Hidalgo-Iturbide* (1910), entre otras. Murió en la ciudad de México el 22 de diciembre de 1924.

¹⁰ HNMFA, *El Correo español*, 15 de marzo de 1897, 18 de marzo de 1897 y 23 de marzo de 1897; *El Mundo*, 16 de marzo de 1897, 19 de marzo de 1897, 24 de marzo de 1897 y 31 de marzo de 1897; *El Universal*, 1 de abril de 1897. Bulnes decía que iba a participar en la discusión para que no se le considerara un “enemigo” de España.

guíbel se comprometieron a mantener una constante comunicación. Si uno escribía un artículo tenía que mandárselo al otro, a fin de que los dos aparecieran juntos.

Por último, se determinó que los artículos serían semanarios y cuando se terminara la discusión de un punto, los árbitros tenían la obligación de publicar sus dictámenes.¹¹ Resultaba novedoso el formato de debate propuesto por Olaguíbel, pues no sólo emulaba el modelo del duelo, es decir, el enfrentamiento entre dos personas con sus respectivos padrinos que ponían las reglas del juego, sino que también pretendía que los argumentos fueran más racionales que pasionales. El debate periodístico fue común en el siglo XIX, pero en la mayoría no se establecían reglas, sino que, más bien, los artículos aparecían al calor de la polémica y no se seguía un orden específico respecto a los argumentos que se presentaban. Olaguíbel estaba convencido de que la polémica no arrojaría un vencedor o un vencido; por el contrario, los argumentos presentados contribuirían a levantar el prestigio intelectual del país, pues se reconocía que Bulnes era un hombre “sabio” y “talentoso” que podría aportar “muchas luces” sobre el asunto cubano. Bulnes no era el único personaje ligado al gobierno que defendía la causa cubana, pues Juan A. Mateos, Manuel Flores, Justo Sierra y Rosendo Pineda también tomaron partido por los insurrectos isleños. Sin embargo, Olaguíbel escogió a Bulnes para realizar el debate debido a que era el más adecuado para el propósito. A Rosendo Pineda no le reconocía capacidad intelectual, en tanto que Manuel Flores y Justo Sierra eran, desde su punto de vista, “demasiado fríos para ponerle un toque pasional a la polémica”.

Era evidente que Olaguíbel buscaba que la discusión trascendiera el plano intelectual para instalarse también en el emocional. A lo anterior se debe agregar que Bulnes desde 1874, año en el que visitó Cuba como miembro de la Comisión Astronómica Mexicana que se dirigía a Japón para observar el tránsito de Venus sobre el Sol, había expresado su deseo de que la isla se independizara y 20 años después, volvió a retomar los argumentos esbozados en aquella ocasión.¹² El ingeniero asumió la tarea de escribir el primer artículo pero éste nunca apareció, razón por la que *El Universal* mostró su extrañeza ante la tardanza en la aparición de los artículos, misma que, a decir del periódico, se “esperaba con impaciencia”.¹³ Como respuesta, Bulnes escribió un artículo

¹¹ HNMFA, *El Correo español*, 7 de enero de 1897, 9 de enero de 1897 y 15 de enero de 1897.

¹² Bulnes, Francisco, *Sobre el hemisferio norte. Once mil Leguas. Impresiones de viaje a Cuba, los Estados Unidos, el Japón, China, Conchinchina, Egipto y Europa*, México, Imprenta de La Revista Universal, 1875, pp. 26, 27-33. En ese momento, Bulnes señalaba que la independencia de Cuba no era una cuestión de filosofía especulativa sino de “anatomía social”, pues España no había formado una colonia en la isla sino un “monstruo” que detestaba el progreso; razón por la que los hijos de los cubanos tenían que emigrar a Estados Unidos para escapar de la decadencia.

¹³ HNMFA, *El Universal*, 9 de abril de 1897; *El Correo español*, 10 de abril de 1897.

para *El Mundo* en el que señalaba que la polémica no se había suspendido, pues no tenía “miedo” de debatir con el “defensor” de la soberanía española en Cuba. Si no había escrito nada, se debía al hecho de que quería observar el desarrollo de los acontecimientos, pues el gobierno español había prometido el retiro de las tropas españolas. El ofrecimiento, desde su perspectiva, ocultaba una estrategia, pues se buscaba difundir la idea de la pacificación con la intención de conseguir un empréstito de consolidación. Ante tal hecho, pedía que Olaguíbel aguardara y si deseaba manifestar sus opiniones, las leería con atención. La postura de Bulnes no fue bien recibida por *El Universal*, quien mencionó que éste no tenía razones para deslindarse del asunto.¹⁴

Es probable que Bulnes buscara guardar silencio para evitar que sus opiniones se tomaran como la expresión oficial del gobierno, pues en años anteriores el ingeniero había aparecido en la prensa como defensor de algunos asuntos que resultaban controversiales para ciertos sectores de la sociedad, lo cual se podía apreciar en el caso del pago de la deuda inglesa y el de la inamovilidad de los jueces,¹⁵ mismos que generaron un gran debate periodístico y en los que el ingeniero se convirtió en el principal paladín de las causas. Cuando Bulnes se dio cuenta del juego en el que había caído, ya era demasiado tarde para salir, por lo que recurrió a la argucia de dejar que su oponente comenzara el debate. Olaguíbel manifestó que respetaba la decisión de su contrincante, pero consideraba que la cuestión cubana entrañaba problemas que afectaban a México, razón por la que esperaba que otros escritores se interesaran en el debate. En los artículos que Olaguíbel publicó, los cuales seguían el orden planteado por los árbitros, se observa una denodada defensa de la herencia española y una crítica contra los que admiraban el poderío estadounidense. Desde su perspectiva, la herencia española constituía un “poderoso agente de robustecimiento de la nacionalidad”, por lo que resultaba necesaria una inmigración hispana que incentivara el progreso, aunque no se debía apostar por la amalgama étnica. Si bien era cierto que Estados Unidos de América mostraba un desarrollo “rápido” y “sorprendente”, nada garantizaba que la “mezcla racial” tuviera una “larga vida”, pues la diversidad más que un beneficio constituía un peligro para la nacionalidad.

¹⁴ HNMFA, *El Mundo*, 6 de mayo de 1897; *El Universal*, 8 de mayo de 1897.

¹⁵ Sobre el debate acerca del pago de la deuda inglesa puede consultarse Ludlow, Leonor, “Estudio introductorio”, en Francisco Bulnes, *La deuda inglesa. Colección de artículos publicados en el siglo XIX y Estudios sobre la debatida cuestión de la depreciación de la plata*, México, Instituto Mora/UNAM, pp. 61-66. Respecto a la inamovilidad de los jueces, véase Hale, Charles, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, FCE, 2002, pp. 177-179.

Las afirmaciones de Olaguíbel evidenciaban que no compartía los postulados de los pensadores liberales que consideraban que el mestizaje constituía un factor de unidad y de progreso, motivo por el que postulaban la necesidad de que éste se convirtiera en el principal sustento de la nacionalidad. De hecho, se llegó a considerar al mestizo como el representante ideal de la sociedad mexicana, con lo cual se abandonó la idea de que la unión racial representaba la corrupción del cuerpo social. Así, el mestizaje respondía a un proyecto ideológico que buscaba mostrar que la unidad de las razas podía afianzar la estabilidad del país, además de que los mestizos tendrían la tarea de conformar un nuevo orden político y social.¹⁶ Olaguíbel consideraba que en la herencia española se podía encontrar los medios que propiciaran el “desarrollo”, la “unidad nacional”, el “progreso material” y el “prestigio social”, motivo por el que los pueblos hispanoamericanos le debían consagrar “infinito amor” e “incondicional fidelidad” a España. Negar el “destino racial” ponía en peligro la integridad nacional, peligro que aumentaba por el hecho de que Estados Unidos se presentaba como el “desinteresado” defensor de las repúblicas hispanoamericanas, aunque no se advertía que sus “verdaderas intenciones” eran de índole económica.¹⁷ En este contexto, la simpatía por la insurrección cubana era “fruto de una ilusión”, pues no había similitud entre los movimientos independentistas de principios del siglo XIX y el que promovían los cubanos en ese momento.

La independencia sólo se justificaba en los casos en que un grupo había sido afectado en su “naturaleza social y política”. Así, se podían identificar tres causas que respaldaran un movimiento de emancipación: cuando la conquista despojaba de sus “antiguos derechos” a pueblos con algún grado de civilización; cuando existía un grupo, fruto de la unión de conquistadores y conquistados, que carecía de derechos; y cuando la población conquistadora carecía de los derechos que gozaba en su nación de origen. La única razón para validar un movimiento de independencia era que un pueblo se encontrara sometido por un régimen de conquista, situación en la que había estado la mayor parte de los pueblos hispanoamericanos, pero que en el caso de Cuba no era aplicable, debido a que desde 1881 se le concedieron los mismos derechos que a las demás provincias peninsulares. Con esta prerrogativa se destruyó el régimen de conquista que había justificado las anteriores rebeliones. Así, el movimiento revolucionario cubano

¹⁶ Jiménez, Rogelio, “La construcción de las ideas sobre la raza en algunos pensadores mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX”, en *Secuencia*, núm. 59, México, Instituto Mora, mayo-agosto de 2004, pp. 74, 87-88.

¹⁷ *La independencia de Cuba en relación con el criterio americano y los intereses de México. Colección de notables artículos sobre esta cuestión de distinguidos escritores mexicanos*, México, Imprenta Avenida Juárez 624, 1897, pp. 3-5. Los artículos de Olaguíbel aparecieron en un libro llamado *La independencia de Cuba en relación con el criterio americano y los intereses de México*, el cual también incluyó dos de los artículos de Bulnes y otros más de Francisco Cosmes y de Trinidad Sánchez Santos.

atentaba contra una constitución liberal que otorgaba garantías sociales y libertades políticas. Si bien era cierto que existían leyes especiales para Cuba, como la restricción del ejercicio del voto, no se debía pasar por alto que pagaban menos impuestos y estaban exentos del servicio militar. Para Olaguíbel era evidente que Cuba no debía separarse de España, pues formaba parte de su territorio. Su segregación representaría un “crimen de alta traición” ante el Derecho público.¹⁸

Los cubanos debían entender que las monarquías constitucionales garantizaban la libertad política de sus pueblos, de la misma manera que lo hacían las repúblicas democráticas, aunque estas últimas eran más propensas a la disgregación debido a que no todos comprendían que en el régimen federal los estados eran entidades independientes que estaban unidas por un gobierno central sustentado en el pueblo. Los “hombres ilustrados” no debían preocuparse por la forma de gobierno que era producto del modo de ser y de las circunstancias del pueblo, sino de la eficacia de las instituciones para asegurar el libre ejercicio de los derechos políticos y el adelanto de la civilización. Si la monarquía defendía esos principios, no existía ninguna razón que justificara el cambio de gobierno. Los anteriores argumentos evidenciaban que Olaguíbel tenía una postura pragmática respecto al sistema político, pues no le importaba la forma institucional mientras cumpliera con sus funciones hacia la sociedad. El autor advertía que en la isla se produjo una lucha entre la clase media y baja que buscaban acabar con la dominación de los “hombres de empresa y de iniciativa”. La clase media se convirtió en el baluarte de los dominados, debido a que una buena parte de ellos no sólo estaban alejados de los ámbitos de decisión sino que se habían educado en Estados Unidos, lugar en que adquirieron ideas políticas ajenas a la realidad hispanoamericana. Su republicanismo anglosajón era el menos adecuado para constituir un estado de libertad, pues al conceder derechos a los negros se corrompió el sistema liberal de gobierno, y si se proclamaba la independencia se corría el riesgo de que el poder político fuera disputado por tres grupos: la clase dominante, la clase media y los negros.

La lucha por el poder degeneraría en una cuestión racial que sería aprovechada por Estados Unidos para tratar de lograr la anexión de la isla. Esta postura es entendible si se tiene en cuenta que el autor no consideraba que se podría llegar a un tipo de unidad racial. En este sentido, el destino de los grupos raciales cubanos era la perpetua guerra, pues es probable que concibiera que los negros, tal como lo hacían diversos pensadores europeos, formaban el grupo social más ínfimo de la civilización, lo cual suponía que tenían todos los vicios posibles y que resultaba complicada su educación.

¹⁸ *Independencia de Cuba*, pp. 6-24.

Olaguíbel creía que el apoyo a España garantizaría que la anarquía no se apoderara de la isla, pues hacer lo contrario no sólo constituía un gran peligro para Cuba, sino para el resto de Hispanoamérica, pues Estados Unidos tendría la posibilidad de consolidar su hegemonía en el continente.¹⁹

IV. LA RESPUESTA DE BULNES

Bulnes reapareció en escena después de conocer las opiniones de Olaguíbel. En un artículo, publicado el 15 de mayo de 1897 en *El Mundo*, mencionaba que respondería a los argumentos de su antagonista. Tal como se había acordado, remitió su texto a Olaguíbel y éste lo mandó a los árbitros para que lo juzgaran. Ellos decidieron que el artículo no se publicaría en *El Correo español*, situación que ocasionó el disgusto del ingeniero. Olaguíbel le explicó que ese periódico no podía editar un texto que criticaba a los españoles, pero se comprometía a buscar otro medio para difundirlo. Sin embargo, *El Continente Americano*, periódico fundado por Juan A. Mateos y que era un ardiente defensor de la independencia cubana, decidió publicarlo el 27 de mayo con el título de “Hoja suelta”. Es importante mencionar que Bulnes prácticamente ignoró los argumentos presentados por Olaguíbel y decidió hacer una extensa reflexión acerca de los considerandos que, desde su punto de vista, sustentaba la validez del movimiento independentista cubano. Es probable que no se le haya permitido publicar su trabajo en *El Correo español* por dos razones: la primera es que había roto una de las premisas que debían guiar el debate cuando optó por no tomar en cuenta las ideas de Olaguíbel; la segunda reside en la forma en que presentó sus ideas respecto al dominio español en la isla, pues afirmaba que los cubanos carecían de los derechos que poseían los peninsulares.

Si bien era cierto que tenían la misma legislación, ellos sufrían una “esclavitud económica” que les obligaba a pagar una deuda ajena, a sufrir exacciones arancelarias y a mantener a la burocracia. Así, los códigos y las leyes no servían de nada cuando el gobierno no asumía su responsabilidad, con lo cual los individuos no sólo carecían de libertad de acción sino también de soberanía.²⁰ Los anteriores argumentos reflejan la notable influencia de Herbert Spencer en el pensamiento de Bulnes. El filósofo inglés

¹⁹ *Independencia de Cuba*, pp. 33-48.

²⁰ HNMFA, *El Mundo*, 15 de mayo de 1897 y 5 de junio de 1897; *El Universal*, 26 de mayo de 1897; *El Correo español*, 27 de mayo de 1897 y 3 de junio de 1897.

argumentaba que el desarrollo individual necesitaba de un aparato de gobierno fuerte, pues sólo de ese modo se garantizaría el pleno desarrollo del individuo en la sociedad.²¹

Al igual que el pensador francés Hyppólite Taine, Bulnes consideraba que el avance de una sociedad era determinado, entre otras cosas, por la posición geográfica, las condiciones climáticas y las corrientes intelectuales que ayudaban a que el grupo humano se adaptara a su medio. Desde esta perspectiva, la raza no se podía considerar un elemento de desarrollo, pues tendía a desaparecer y sólo recordaba el origen de esa sociedad. La forma en la cual el ingeniero utilizaba el concepto de “raza” buscaba demostrar que los cubanos no se podían considerar herederos de la tradición española, misma que, a decir del ingeniero, sólo había alcanzado una “evolución a medias”, ya que carecía de elementos estéticos, filosóficos y lógicos que la sustentaran. Lo anterior explicaba el porqué el español carecía de dirección definida.

El “industrialismo romántico” español no tenía nada que ver con el “industrialismo escéptico” de las grandes naciones civilizadas. Su único acierto era haber pasado de un sistema monárquico a uno republicano, pero no había certeza de que este tipo de gobierno sobreviviera debido a tres factores: la presencia de los militares, la persistencia de “tradiciones caducas” y la ausencia de una historia crítica que les permitiera tomar ejemplos del pasado, pues ellos vivían en la mentira que constituía el “alimento” de las tradiciones. El ingeniero consideraba que España tenía que resolver un gran dilema: la manera en la que podía lograr la unidad política pues la realidad mostraba que existían diversos pueblos con diferencias de carácter y que buscaban el momento oportuno para separarse. La segregación no se había producido por una sencilla razón: todos recordaban que la centralización había sido la clave de las glorias españolas. Era evidente que los españoles no se gobernaban por grandes principios políticos, sino que sustentaban sus acciones en el tradicionalismo y en la vanidad, los cuales se convertían en factores de definición del pensamiento, del carácter y de las prácticas sociales, culturales y religiosas de los españoles.²² Los cubanos no entendían los símbolos, los ritos y las mascaradas tributadas a la tradición, pues la “política vanidosa” metropolitana no respondía a sus necesidades y consideraban que una revolución les permitiría destruir los obstáculos que detenían su progreso.

Las clases cubanas ilustradas se habían educado en Estados Unidos, país que admiraban por su sistema político que detestaba el militarismo, desconocía el clericalismo, propugnaba por la igualdad, creía en su superioridad intelectual y basaba sus

²¹ Spencer, Herbert, *La Justicia*, Valencia, s.a.e., F. Semper y Compañía editores, pp. 24, 41.

²² *Independencia de Cuba*, pp. 59-63.

acciones en los postulados de la ciencia. Los cubanos educados en Estados Unidos consideraban que el tradicionalismo era un “barbarismo” que se oponía a la verdad y a la justicia. Si los “liberales” mexicanos habían tomado la causa cubana como propia, se debía al deseo de que ese pueblo consiguiera la libertad y, sobre todo, para acabar de una vez por todas con el sistema tradicionalista español que se convertía en un lastre para el desarrollo de las “naciones nuevas”. Expulsar a los españoles “opresores” de suelo americano se había convertido en una tarea prioritaria para los amantes del progreso, es decir, para los liberales de todo el continente.²³ El texto de Bulnes provocó una furibunda respuesta de Francisco Cosmes y del español Trinidad Sánchez Santos, quienes, a través de varios artículos, trataron de refutar sus argumentos.²⁴ Sánchez Santos afirmaba que era una falsedad decir que los españoles no habían civilizado, sino que se limitaron a realizar un “vampirismo”. Bulnes le contestó a Sánchez Santos que no se podía pensar en un solo tipo de conquista, sino que en realidad existían tres: la pacífica, la mixta y la militar.

La primera se originaba por el contacto comercial que se establecía entre diversas sociedades. La segunda se imponía por las armas en un territorio habitado y cuando concluía el avance militar, el grupo dominante y el dominado armonizaban sus intereses en un régimen moral que tendía a la prosperidad común, tal era el tipo de conquista que realizaban los ingleses, franceses y alemanes. La tercera era la que se consideraba “vampirismo”, pues se fundaba en la industria militar del “parasitismo”, en la violencia contra el derecho y se sustentaba en el terror. Éste era el tipo de conquista que no civilizaba y que aplicaban los españoles, debido a que en ellos dominaba el “parasitismo de la aristocracia” representado por los militares y el clero. Los dos grupos se dedicaban a explotar sus posesiones sin misericordia, lo que probaba que los hispanos respondían a la desenfrenada “moral del vampirismo”. Bulnes creía que con la independencia de Cuba se acabaría con el “parasitismo español” que desacreditaba los avances de la civilización en el continente americano.²⁵ El ingeniero prefirió guardar silencio ante la andanada de críticas que recibió de Francisco Cosmes y de otros escritores más. No son claras las razones de su silencio, aunque es probable que hubiera sido producto de no querer comprometer al gobierno porfirista, pues las posturas favorables a los cubanos se podrían interpretar como una violación de la política de neutralidad que Díaz había exteriorizado. Por tal motivo, no sería extraño que el presidente hubiera permitido que

²³ *Independencia de Cuba*, pp. 65-70.

²⁴ Los artículos de Trinidad Sánchez Santos y Francisco Cosmes se publicaron en *El Correo español*.

²⁵ *Independencia de Cuba*, pp. 80-81; HNMFA, *El Universal*, 3 de junio de 1897.

se atacara a Bulnes para demostrar que no compartía su punto de vista. Lo anterior se puede deducir por el hecho de que Bulnes pidió, en 1904, que Díaz ordenara el cese de los ataques que se le prodigaban a causa de la aparición de su libro *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, en el que realizaba una severa crítica de la actuación del Benemérito durante la intervención francesa. El ingeniero afirmaba que una campaña de prensa sólo era posible si el Presidente la autorizaba.²⁶ Desde esta perspectiva, no sería aventurado afirmar que Bulnes fue silenciado por el régimen, al grado que, entre los últimos meses de 1897 y los primeros de 1898, no apareció ningún artículo de Bulnes que tratara esta temática, pese a que sus impugnadores publicaron un considerable número de artículos en los que se hacían fuertes alusiones a su persona.²⁷

5. LA LUCHA RACIAL

Al igual que la mayoría de sus contemporáneos, Bulnes sufrió un gran desánimo a causa de la derrota española de 1898, situación que se hizo evidente en *El porvenir de las naciones hispanoamericanas frente a las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*. Este libro tuvo un origen peculiar, pues fue producto de una compilación de artículos periodísticos que el ingeniero escribió para *El Imparcial*. Victoriano Salado Álvarez mencionaba que esos artículos no fueron aprobados por el director Reyes Spíndola, razón por la cual Bulnes los reunió en lo que llamaba “el gran colector” para darles un posterior uso. Lamentablemente Salado no menciona de dónde surgió la idea de publicarlos en forma de libro.²⁸ Así, el texto de Bulnes se debe entender como un ejercicio periodístico que tenía el objetivo de descubrir las razones por las que se había producido la decadencia española y el destino que le deparaba a las naciones hispanoamericanas. En este sentido, el ingeniero formaba parte de la generación de escritores latinoamericanos que trataron de evaluar la situación general del continente. En Bulnes no sólo se apreciaba el deseo de hacer un diagnóstico de la enfermedad, sino que también buscaba encontrar los mecanismos que permitieran acabar con lo que denominaba la “maldición latinoamericana”. El desánimo que prevalece en las páginas del texto de Bulnes prove-

²⁶ Jiménez, Rogelio, *La pasión por la polémica. El debate sobre la historia en la época de Francisco Bulnes*, México, Instituto Mora, 2003, p. 134.

²⁷ Ése fue el caso de Francisco G. Cosmes, quien publicó una serie de artículos titulados “El loco de *La Linterna*”, lo que rememoraba el paso de Bulnes por el periódico *La Linterna*.

²⁸ Salado, Victoriano, *Memorias. Tiempo viejo*, tomo I, México, Edición y Distribución Iberoamericana de Publicaciones, S.A., 1946, p. 292.

nía del hecho de que este pensador consideraba que en el enfrentamiento que se había producido entre España y Estados Unidos de América no luchaban dos países sino dos proyectos raciales.

La anglosajona se presentaba como la raza dominante del mundo, pues había derrotado en dos ocasiones a la latina: en 1870 y en 1898. Es de advertir que la raza latina, según el ingeniero, estaba conformada por las naciones hispanoamericanas, incluido Brasil, y países europeos como Francia, Portugal, España e Italia. Las derrotas de las potencias latinas evidenciaban la necesidad de hacer una evaluación a fondo para tratar de entender las causas de la decadencia racial. La postura bulnesiana respondía al modelo del darwinismo social de Herbert Spencer, quien concebía que el bien común de la humanidad se realizaba por la prosperidad y expansión de las variedades superiores. Los individuos superiores eran los que habían logrado una mejor adaptación a las condiciones de su existencia con lo cual recibieron mayores beneficios, principio que fundamentaba la conservación de la especie, pues los individuos más aptos prosperaban sin ningún problema, mientras que los menos aptos tendían a desaparecer aunque ello no significaba el fin de su especie. El filósofo consideraba que la supervivencia de los individuos se establecía en dos niveles: interno y externo. En el primer caso, la lucha se producía entre individuos de la misma raza; en el segundo, la lucha se desencadenaba entre diferentes razas. Spencer concebía que el conflicto racial ayudaba a que sólo persistieran los más fuertes, motivo por el que la destrucción de los más débiles no se debía considerar una tragedia. La raza que tuviera el mayor número de individuos superiores predominaría sobre las demás.²⁹

La lucha por la supervivencia que emprenderían las razas inferiores serviría para que éstas prosperaran con rapidez. Así, la supervivencia se presentaba como la causa inmediata de progreso. Bulnes manifestaba que la lucha racial no esperaría, ya que cuando la selección actuaba, los débiles perecían sin remedio, situación que se podía modificar cuando se lograban identificar las causas que impedían el progreso, por lo cual era necesario hacer una comparación entre las razas superiores e inferiores.

²⁹ Brading, David, "Francisco Bulnes y la verdad acerca de México en el siglo XIX", en *Historia mexicana*, México, El Colegio de México, XL:3, enero-marzo de 1996, p. 629; Spencer, *Justicia*, pp. 7, 11, 22.

6. LOS FACTORES DE LA DECADENCIA

Bulnes consideraba que las razas tenían dos elementos constitutivos: los orgánicos y los superorgánicos. Los primeros estaban constituidos por la alimentación, el suelo, el clima, la población y la raza, mientras que los segundos contemplaban aspectos como la historia, la tradición, la justicia, el carácter y el sistema institucional. En el planteamiento del ingeniero se percibe la influencia de Spencer, quien planteaba que los elementos superorgánicos se producían en el seno de la sociedad y éstos debían estar en equilibrio con lo orgánico para evitar que se produjeran retrocesos.³⁰ Para Bulnes era evidente que los problemas de la raza latina derivaban del escaso desarrollo material, intelectual y moral, motivo por el que sugería que se realizara un cambio en el régimen alimenticio. La historia mostraba que la alimentación había creado tres tipos de razas: la del arroz, la del maíz y la del trigo. Los hombres que se alimentaban con el trigo alcanzaban un mayor desarrollo físico y mental, aunque advertía que no todos lograban un grado similar de progreso, situación explicable por el hecho de que entre las mismas razas superiores había diferencias que era consecuencia de los distintos niveles evolutivos por los que atravesaban todas las sociedades. La importancia que adquiriría el trigo como alimento de las razas más evolucionadas se corroboraba, según el ingeniero, en que era el sustento de los grandes imperios. Así, la conquista española había sido consecuencia de factores alimenticios más que de armamento, argumento que resulta muy cuestionable pero que al ingeniero le permitía reafirmar su idea de que el desarrollo de una raza se cimentaba en factores orgánicos.

Bulnes mencionaba que España era un ejemplo de la manera en la que los imperios podían pasar de la grandeza a la decadencia. La historia recordaría a los españoles como los conquistadores de la raza del maíz, pero en ese momento habían dejado atrás sus pasadas glorias pues Estados Unidos había demostrado tener mayor poderío. Los factores orgánicos no habían ocasionado el resquebrajamiento del poderío hispano, sino los superorgánicos como el militarismo que provocó que se tomaran malas deci-

³⁰ Spencer, *Justicia*, pp. 12, 26-28, 64, 260-261; Spencer, Herbert, *Los primeros principios*, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1905, pp. 280-282, 418; Hofstandent, Richard, *Social darwinism in American thought*, Boston, Beacon Press, 1955, pp. 31, 39, 42; Bulnes, Francisco, *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*, México, Imprenta de Mariano Nava, 1899, pp. 56, 226; Rumney, Judah, *Spencer*, México, FCE, 1978, pp. 66, 71. Rumney critica la propuesta de Spencer de estudiar los fenómenos sociales en términos biológicos, pues dice que muchos de esos fenómenos escapan del ámbito biológico y necesitan ser dilucidados por una ciencia de la sociedad. Rumney muestra que el darwinismo social equiparó el proceso social con el biológico. Ésa fue la razón por la que se destacó en exceso la selección natural. Desde esta perspectiva, el progreso se consideraba como un aspecto espontáneo y automático con lo que se relegó el esfuerzo humano a un segundo plano, pues se veía como una interferencia de las leyes biológicas de la naturaleza.

siones que llevarían a la derrota militar. Tal como lo había argumentado en el debate con Olaguíble, el ingeniero consideraba que los pueblos americanos no podían considerarse herederos de los españoles, pues no hicieron lo necesario para formar grandes pueblos. En este sentido, se podía afirmar que la conquista española no habría prestado ningún servicio a la humanidad, debido a que los pueblos indígenas no contaron con los elementos orgánicos y superorgánicos que permitieran su pleno desarrollo. A lo anterior se debía agregar que el medio geográfico no ayudaba al progreso de su raza.³¹ Bulnes identificaba tres tipos de medios: el tropical, el intertropical y el extratropical. En el primero se ubicaban Cuba, Haití, Brasil, Colombia, Perú, Ecuador, Venezuela y todas las naciones de Centroamérica; en el segundo Bolivia y en el tercero se encontraban Uruguay, Chile, Argentina, Paraguay, México, Estados Unidos y Canadá.

El atraso que mostraba la mayor parte de los países hispanoamericanos se explicaba por su ubicación, pues sólo eran países progresistas los que se situaban en el extratropical, tal como sucedía con Estados Unidos que contaba con abundantes lluvias y numerosos ríos que permitían regar sus campos y, con ello, obtener una abundante producción agrícola que satisfacía sus requerimientos industriales. El ingeniero estaba convencido de que las naciones alcanzarían un porvenir aceptable cuando desarrollaran sus elementos físicos no tropicales. No hacerlo significaría desaparecer del concierto de las naciones civilizadas. Sin embargo, el futuro de los países hispanoamericanos se encontraba en el desarrollo de cinco factores superorgánicos: la verdad, el patriotismo, la previsión, la cooperación para el bien público y los sistemas de gobierno.³² Sin verdad no había justicia, sin patriotismo sólo imperaba la ambición, sin previsión se volvían las sociedades débiles y corruptas, sin cooperación se imponía la acción individual que debilitaba la acción colectiva, y sin un sistema de gobierno fundado en la democracia no se podría llegar al periodo industrial, pues el reconocimiento de la libertad y de los derechos del hombre garantizaría el progreso social, moral e intelectual de cualquier sociedad. Una de las tareas prioritarias para las naciones latinas era establecer un sistema democrático. Para ello se requería una profunda transformación de la esfera económica, intelectual y moral de la población, con lo cual se lograría que la libertad se convirtiera en uno de los fundamentos del nuevo sistema político.

El ingeniero advertía que la raza anglosajona incentivaba el trabajo, el pensamiento liberal, la libertad, la democracia y el respeto de la justicia y la verdad; en cambio, los

³¹ Bulnes, *El porvenir*, pp. 13, 44, 166-170. Acerca de las ideas de Bulnes sobre la relación entre raza y medio véase Jiménez, "La construcción", pp. 80-81.

³² Bulnes, *El porvenir*, pp. 23, 30, 57-60, 97-98, 102-104, 145.

latinos albergaban “fuerzas destructoras” en su seno como el anarquismo, el militarismo, el clericalismo, el antisemitismo y el jacobinismo.³³ Bajo este panorama, el futuro político de las naciones latinas no lucía prometedor, pues la mayor parte de ellas se encontraba en la etapa anárquica. Bulnes concebía que las naciones pasaban por tres etapas: anarquía, dictadura y democracia.³⁴ La última era la única que garantizaba el verdadero desarrollo de los pueblos, mientras que la anarquía podía llevar a la destrucción mientras no se estableciera una “mano de hierro” que la acabara e implantara una dictadura. El factor racial como elemento determinante de la política evidenciaba que el ingeniero anteponía los factores orgánicos sobre los superorgánicos, aunque éstos estaban determinados por los primeros.

VII. EL SOMBRÍO FUTURO DE LAS NACIONES TROPICALES

De acuerdo con los anteriores argumentos, no debe sorprender que Bulnes considerara que no había futuro para las naciones tropicales. Es de advertir que el ingeniero no contaba con datos fehacientes de la situación particular de cada país de Hispanoamérica, por lo cual su dictamen sobre el futuro de las naciones sólo se debe considerar como el resultado de una serie de conjeturas, mismas que, pese a todo, resultan de interés por el hecho de que mostraba la visión de un intelectual mexicano que buscaba que sus contemporáneos asumieran una posición respecto a los eventos del porvenir. Bulnes decía que si bien era cierto que el trópico podía albergar una población progresista, sustentada en una alimentación adecuada, existía el problema de que el trópico no tenía la capacidad para alimentar grandes masas de población. A ello se debía sumar que los habitantes carecían de virtudes para el trabajo, pues la naturaleza les ofrecía lo que necesitaban para vivir. Para que se pudiera sostener una gran población, se necesitaba producir alimentos a bajo precio y colonizar con hombres de la región extratropical, quienes ayudarían a modificar la situación gracias a la introducción de nuevos alimentos y costumbres. Sin embargo, la inmigración extratropical no se realizaría mientras no se contara con tierras para satisfacer las necesidades de las razas superiores. Sin inmigración, Cuba, Haití, Santo Domingo, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Centroamérica corrían el peligro de desaparecer.

³³ Jiménez, *La pasión*, pp. 42-43.

³⁴ Bulnes, *El porvenir*, pp. 75-78; Jiménez, Rogelio, “Un reto contra la credulidad nacional: Francisco Bulnes y *Las grandes mentiras de nuestra historia*”, en Francisco Bulnes, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, México, Instituto Mora, 2010, pp. 19-20.

La guerra, la miseria y la falta de mercados provocarían que estos países pasaran de un estado bárbaro al salvajismo, pues sólo dependerían de sus elementos agrícolas y pastoriles para sobrevivir. Estos países no serían objeto de ambición de las grandes potencias y si lo fueran, se corría el riesgo de que sus poblaciones fueran expulsadas a causa de la anarquía incesante. En el caso de Cuba, Bulnes admitía que carecía de datos de la superficie cultivable y de la población que habitaba la isla en 1898, por lo que el futuro que preveía para esta nación debe entenderse como simples especulaciones sociológicas; sin embargo, creía que por medio de la agricultura de riego llegaría a tener 3 200 000 habitantes para 1980. Si no se realizaba esta acción, Cuba no aumentaría su población y se consideraría una nación de quinto orden en vías de desaparecer; mismo caso en el que se encontrarían Uruguay, Paraguay, Ecuador, Colombia, Venezuela, Perú, Bolivia y todos los países de Centroamérica, mismos que no podían emplear una agricultura intensiva ni extensiva.³⁵ La salvación de esas naciones estaría en el aumento de la población y en el desarrollo de las condiciones industriales. Bulnes pensaba que Cuba debía maximizar sus recursos para evitar la desaparición. La isla podría exportar las maderas finas que poseía, tarea en la que no encontraría competidor pues sus condiciones geográficas permitían transportar las maderas a un bajo costo. Cuba no había explotado su riqueza maderera, y cuando lo hiciera provocaría la ruina de los demás países exportadores de maderas.

Si bien era cierto que la madera no proporcionaría una gran riqueza, ayudaría a situar a Cuba como una nación de cuarto orden que era el lugar en el que se encontrarían los demás países madereros hispanoamericanos; sobre los que se cernía la amenaza de Estados Unidos, nación que iba a entrar al mercado a través de la explotación de Filipinas. En este panorama, los países madereros hispanoamericanos deberían darse por satisfechos si conservaban la cuarta parte de sus consumidores. La producción del tabaco tampoco ayudaría a que la isla alcanzara un mayor grado de desarrollo. El tabaco americano tenía que competir con el del resto del mundo. No había duda que el tabaco cubano era de mejor calidad, pero el ordinario tenía una mayor demanda y carecía de menores gravámenes que el fino. En la producción azucarera tampoco se debían fincar los intereses cubanos de crecimiento, pues el azúcar de caña no estaba en condiciones de competir con el de remolacha producida en los países asiáticos.³⁶ Para Bulnes era evidente que la victoria de Estados Unidos sobre España demostraba que éste había logrado la primacía en el continente, debido a que poseía un crecimiento poblacional mayor

³⁵ Bulnes, *El porvenir*, pp. 25, 38, 50, 147-150.

³⁶ Bulnes, *El porvenir*, pp. 159, 264-265.

que el de Europa, contaba con una gran cantidad de tierras extratropicales explotadas por medio de la agricultura intensiva, además de que tenía una raza progresista que basaba su alimentación en el trigo.

Con peculiar agudeza, el ingeniero se dio cuenta que Estados Unidos de América no buscaba poseer más territorios, sino extender sus redes económicas, pues el capital y el trabajo constituían los motores de la sociedad norteamericana, además de que la anexión de nuevos territorios representaría un grave problema, debido a que el mercado americano guardaba un equilibrio entre el crecimiento de la población y las ventas de productos en el mercado nacional y extranjero. El equilibrio se perdería cuando la oferta de obreros fuera mayor que el consumo de mercancías, lo que ocasionaría la desaparición de la industria norteamericana o la caída de los altos jornales. Para evitar este hecho, Estados Unidos estableció tratados con los países hispanoamericanos para tener mercados en los cuales colocar sus mercancías. Si los tratados comerciales no rendían los frutos esperados, lo más probable, según Bulnes, es que se produjera la conquista armada aunque se corría el riesgo de contar con mano de obra barata que ocasionaría un desequilibrio social, económico y político en el seno del país conquistador. El dominio de la Unión Americana se extendería por la mayor parte del continente, a excepción de Chile, Brasil, Argentina, Uruguay y México que eran las únicas naciones que tenían los elementos raciales para afrontar el dominio anglosajón. Pese al pesimismo manifestado, Bulnes consideraba que los países latinoamericanos podían evitar ese “triste destino”, siempre y cuando logaran modificar algunos elementos orgánicos (crecimiento poblacional y alimentación) y superorgánicos (la tradición, la historia, la injusticia y la educación).³⁷

Cuando América Latina venciera esos males, se pasaría al siguiente escalón en la historia evolutiva de las naciones. Ése era el objetivo del libro de Bulnes: mostrarle a los demás pueblos de qué manera podían superar sus problemas económicos, políticos, sociales y raciales. La solución estaba dada, sólo faltaba que ellos la adoptaran. Resulta interesante mencionar que catorce años después, en plena Revolución Mexicana, el ingeniero volvió a insistir que el futuro de las naciones latinoamericanas se encontraba en ellas mismas, pues se requería un cambio en sus condiciones internas y que contaran con una visión política internacional de mayor alcance.³⁸

³⁷ Bulnes, *El porvenir*, pp. 105-107, 110, 114-118, 121-126, 234, 281-282.

³⁸ HNMFA, *La Prensa*, 3 de abril de 1912.

VIII. A MANERA DE CONCLUSIÓN

La polémica entre Bulnes y Olaguíbel trascendió el ámbito intelectual para insertarse en el ámbito de la política internacional. Aunque el debate “científico” entre Bulnes y Olaguíbel nunca se produjo, pues ni uno ni otro contestaron los respectivos argumentos presentados y los padrinos tampoco presentaron su postura de los escritos, lo cierto es que la invitación a que se polemizara sobre lo que pasaba en la isla evidenciaba que los intelectuales mexicanos estaban preocupados por lo que pasaba en el Caribe y que les incomodaba el silencio impuesto por las autoridades mexicanas que buscaban mantener la neutralidad. Los argumentos de Olaguíbel favorecían la causa española, pues consideraba que en la herencia hispánica se podría encontrar el germen del progreso. En este sentido, se volvía prioritario evitar que el pensamiento anglosajón tuviera influencia en los países hispanoamericanos, ya que se corría el riesgo de la fragmentación política y racial. La raza anglosajona no podía ser el modelo a seguir, puesto que la nación hispanoamericana que lo hiciera estaba condenada a perecer. Olaguíbel mostraba una posición pesimista respecto a la isla, pues consideraba que sería anexada por los Estados Unidos, lo que significaría un cambio en la política continental, ya que no sólo se perdería una posesión estratégica, sino que marcaría el comienzo del avance anglosajón sobre el resto del continente. La pretensión última de Olaguíbel era que Porfirio Díaz asumiera una posición activa en el desarrollo de los acontecimientos cubanos. Era evidente que la política de neutralidad sería más perjudicial que benéfica. Los hechos mostraban que el gobierno mexicano, y el resto del continente, serían perjudicados por su incapacidad para tomar decisiones acordes al momento político que se vivía.

Por su parte, Francisco Bulnes utilizó la guerra de independencia de Cuba como un pretexto para reflexionar sobre la situación general del continente. En un primer momento, el ingeniero consideró la causa cubana como un medio para criticar las acciones de una “nación decadente”. La metrópoli debía reconocer que Cuba necesitaba ser libre para poder encaminarse en la senda del progreso. La evolución política y económica sólo se podría efectuar cuando los isleños contaran con libertad de acción. Bulnes tenía esperanzas de que Cuba lograra su independencia, pues sólo de ese modo lograría insertarse entre las naciones avanzadas del continente. Lo anterior se sustentaba en un hecho: en sus venas corría el influjo progresista de Estados Unidos. Desde la perspectiva del ingeniero, Cuba constituía un ejemplo de la manera en la que se podía llegar a combinar la herencia hispánica y el aliento progresista anglosajón. Después de la guerra de 1898, el optimismo de Bulnes se convirtió en pesimismo. La herencia hispánica se tornaba un lastre difícil de erradicar. Es por ello que las naciones hispanoamericanas debían tratar de encontrar soluciones a los problemas que las aquejaban.

La postura del ingeniero denotaba su apego a aquellas tradiciones políticas hispanoamericanas en las que surgen ideologías que anticipan y justifican soluciones políticas conservadoras, sin que se apoyen en una tradición conservadora vernácula.³⁹

Bulnes estaba convencido de que la “lucha entre razas” había comenzado y la raza hispánica había sacado la peor parte, motivo por el cual era indispensable que los países hispanoamericanos adoptaran el modelo anglosajón, pues de ese modo no sólo garantizarían su supervivencia sino que, además, se pondrían las bases que sustentaran su progreso en todos los sentidos. La exacerbada crítica de Bulnes hacia la herencia hispana se enfrentaba con su deseo de que la esencia nacional prevaleciera. Aunque se debe tener en cuenta que no pensaba en la desaparición de la raza latina, sino en su mejoramiento a través de la incorporación de las virtudes de la raza anglosajona. En este sentido, los fenómenos políticos, sociales e ideológicos se reducían a una cuestión racial, con lo que una modificación en lo orgánico tendría que redundar en un mejoramiento de lo superorgánico. La visión del ingeniero respecto al futuro de los países hispanoamericanos resultaba pesimista, pues sólo sobrevivirían los países que presentaran las mejores condiciones, entre los cuales, por supuesto, se encontraba México. En el caso de Cuba no había esperanzas de que permaneciera como nación independiente, pues su destino estaba ligado a Estados Unidos. Lo mejor que le podía suceder a la isla, según el ingeniero, era que la Unión Americana tomara la decisión de anexarla, de lo contrario estaba condenada a ocupar un lugar entre las naciones más atrasadas del mundo, destino que compartiría con otros países del continente y que los llevaría inexorablemente a la desaparición. Así, el porvenir de las naciones hispanoamericanas presentaba tintes sombríos.

³⁹ Halperin, Tulio, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987, pp. 169, 171. Halperin considera que Bulnes pasó de ser un asesor técnico de la élite política porfiriana a un publicista que abordaba temas para un público más amplio, postura que, en cierta medida, es exagerada, pues, como mencioné antes, Bulnes ya era conocido por ser un personaje polémico.